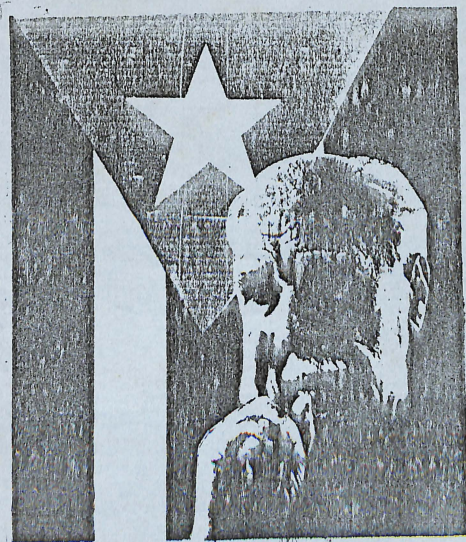


Juan Antonio Corretjer



Conferencia

Descubriendo a Puerto Rico+1981

SOBRE EL AUTOR

Juan Antonio Corretjer, proclamado "El poeta nacional de Puerto Rico" por el Instituto de Cultura Puertorriqueña, nació en Ciales, un pueblo cafetalero en la región central montañosa de Puerto Rico, donde pasa sus primeros 18 años. En el 1925 se trasladó a San Juan, donde se integra como poeta al movimiento intelectual de vanguardia allí existente para la época.

Su labor poética ha sido muy prolífica - ha publicado más de 20 libros de poesía. Entre ellos se encuentran "Verba Bruja" del cual se han vendido más de 10,000 ejemplares. Entre sus poesías se encuentran "Alabanza en la Torre de Ciales", que se considera el "Poema Nacional de Puerto Rico" y "Distancias". El Instituto de Cultura Puertorriqueña acaba de publicar el primer tomo de sus Obras Completas, que incluye gran parte de su poesía.

Como periodista ha fundado y dirigido varios periódicos. Actualmente es editor de la revista "Correo de la quincena" y del periódico "El Socialista", órganos de la Liga Socialista Puertorriqueña. También es columnista huestad del diario puertorriqueño, "El Nuevo Día".

Don Juan ha escrito más de 50 cuentos y más de 10 ensayos, siendo el más importante de estos últimos, "La lucha por la Independencia de Puerto Rico" del que se han hecho 5 ediciones y se prepara actualmente una sexta en inglés.

Por su labor literaria tan fecunda ha recibido varios premios del Instituto de Cultura Puertorriqueña, del Ateneo de Puerto Rico y del Instituto de Literatura Puertorriqueña.

Pero, el respeto y el cariño que la comunidad internacional le brinda se debe a su labor revolucionaria de más de 50 años.

Cuando aun muy joven, ingresa al Partido Nacionalista de Puerto Rico en uno de los períodos más importantes del desarrollo histórico de Puerto Rico en general y de su lucha por la independencia en particular. Para ser secretario general del partido en los momentos en que Albizu Campos es su presidente. En 1936 sufre su primera encarcelación de 1 año por negarse a entregar los documentos del Partido Nacionalista a un Gran Jurado Federal. En 1937 es encarcelado junto a Pedro Albizu Campos en la prisión federal de Atlanta, E. U.; en total cumple 10 años de cárcel y destierro en E.U.

Más tarde fue encarcelado en Cuba por colaborar con el grupo revolucionario que dirigía Antonio Guterres contra el régimen de Batista. Después, ayudó estrechamente al Movimiento 26 de Julio hasta el triunfo de la Revolución.

También fue encarcelado en México por su ideal de independencia.

Actualmente es Secretario General de la Liga Socialista Puertorriqueña, organización que aboga por la lucha armada como principal instrumento para la liberación de Puerto Rico, y vive en Guaynabo, Puerto Rico, junto a su compañera Consuelo Lee Tapia, también una militante luchadora por la independencia y el socialismo para Puerto Rico, en Puerto Rico y en los Estados Unidos.

el fuego

Mi padre tenía un amigo. Un amigo entrañable. Habían corrido juntos el albur de la temprana juventud, una juventud de orfandad y trabajo. Juntos habían liado las primeras libras de tocino, en una pulpería aldeana, triste y miserable. Y, en una trastienda, en una hacienda cafetera, habían (de catre a catre) agonizado de tifus, sin otro médico que un curandero de barrio. Juntos convalecieron. Y, cuando juntos contaron los primeros ahorros, los vaciaron juntos en la primera compra: una potranca cansona, cuyo aparejo y anca se turnaron en los primeros sábados de velorio o jaraí.

Juntos, también, llegaron al pueblo una mañana, a raíz de la cosecha y juntos se establecieron, en una sociedad comanditaria, por empeñada palabra de amistad, y juntos llegaron al respeto de la población, va hombres de medios y prestigio.

Fue en este momento que se separaron. Mi padre se enamoró en Utuado; y, casado ya, fue a ponerse al frente de un nuevo establecimiento en aquel pueblo. Remigio quedó el único dueño de la antigua sociedad. Los amigos se separaron con lágrimas. Cinco años después, mi padre regresaba al pueblo nativo, viudo y triste, llevando de su mano tres huérfanos. Remigio y su esposa recibieron en su casa a los niños sin madre del hermano que regresaba.

Mi padre pasó por una crisis sentimental que a poco si le lleva a la tumba. Se repuso y empezó a trabajar. Una noche (jamás la olvidaré) bastante tarde tocaron a rebato las campanas de la Iglesia. El almacén de Remigio ardía.

Mi pueblecito natal era muy pequeño entonces. Seis callecitas lo componían. Guajartos color acero azules eran su alfabeto. La plaza, alrededor de la Iglesia, no era sino un terraplén de barro rojizo. No había más que dos casas que no fueran de madera. El alumbrado, meoso, era de lámparas de gas. No había acueducto. Las casas mejores tenían su aljibe. Y la mayoría de los habitantes eran servidos por el aguador: un pobre mudo que se pasaba el día travando agua del río, una lata pendiente de los extremos de un pedazo de madera atravesado sobre los hombros.

Al poco el pueblo ardía. Dos terceras partes del pueblo se redujo a cenizas. Las estrellas desaparecieron y el cielo era como una enorme roncha coloraduxa. A nosotros, los niños, junto con los ancianos y las mujeres, nos cargaron al otro lado del río. A pesar de mis poquitos años, no olvido jamás

aquella escena desgarradora. El aldeano ama su casa como no es dable explicar al hombre de la urbe. Aquellas pobres almas, a la orilla del río, en la noche pavorosa, lloraban desesperadamente. Amaneciendo, volvimos al pueblo. Recuerdo ver pasar, en unas planchas de zinc, los cuerpos achicharrados de tres víctimas, una de ellas, una mujer en cinta. Era la cocinera de Remigio. Seis personas murieron. Más de docena y media de huérfanos quedó a la caridad del poblado. Por una casualidad, mi padre no tuvo más pérdidas que las ocasionadas por el necesario desalojo de mercaderías de su establecimiento, en fuga del fuego.

A la noche siguiente mi padre, que de costumbre no faltaba en casa a las ocho, llegó muy tarde. (Se había vuelto a casar; y de ese segundo matrimonio había yo nacido). Su faz dulce y serena estaba demudada. Sé que mis padres tuvieron una conversación larga y misteriosa. Al rumor de sus palabras (dichas en voz muy baja) me quedé dormido. Fue muchos años después que, un día, mi padre (entonces muy enfermo) me confió el secreto de aquella noche.

Andando entre los escombros se encontró a un hombre. Era Remigio. Una luz de locura ardía en sus ojos. Mi padre se abalanzó sobre él a tiempo en que alzaba un revólver a la altura de la sien. Lucharon. Mi padre, dueño de sí mismo, logró desarmarlo. Dominado bajo el agarre de mi padre, el amigo empezó a sollozar. Entonces le dijo cómo, para cobrar una póliza de seguro, había puesto fuego a su almacén. Desconfiando de ser descubierto, no avisó a nadie. Así, se quemó su cocinera en cinta...

Mi padre lo soltó. Tomó del suelo el revólver, se lo puso nuevamente en la mano y le volvió las espaldas.

TALLER DE ARTE Y CULTURA

ADJUNTAS

noviembre 20- 7:30 P.m. - Taller